

EL DRAMA DEL REINO

(Este es un gui3n para el Drama del Reino compuesto por 'Abdu'l-Bah3)
(Anotado en: 'Abdu'l-Bah3, por H.M.Balyuzi p. 433)

El Herald del Reino est3 ante la gente. Una m3sica maravillosa, inspiradora y conmovedora, se va haciendo cada vez m3s perceptible desde una orquesta invisible. Se va haciendo suave, mientras el Herald proclama la venida del Reino. Sostiene una trompeta en Su boca.

Se levanta el tel3n. El escenario est3 repleto de hombres y mujeres. Todos est3n dormidos. Al sonido de la trompeta empiezan a despertarse. De repente irrumpe la m3sica. La gente oye y se asombra. Se levantan y se preguntan unos a otros, diciendo: "¿Qu3 es esto? ¿De d3nde viene esta m3sica?". Algunos, desatentos, vuelven a sus ocupaciones. Primero pocos hablan juntos; despu3s uno deja su trabajo y se pone a indagar. Un mercader, dejando su puesto de venta, se acerca a preguntar al grupo interesado. Un soldado, que est3 practicando sus armas, se aleja de sus compa3eros y se une a los sorprendidos.

Aqu3, se ve a un banquero contando su dinero; se interesa. Deja sus c3lculos y pregunta: "¿Cu3l es la noticia?"

Se ven bailarines y otras personas de fiesta. Algunos se acercan y preguntan acerca de la noticia, cuestionando al Herald.

Ahora los que vienen a indagar est3n m3s o menos divididos en los siguientes grupos. Primero, aquellos que habiendo o3do la llegada del Prometido hacen muecas y levantan los hombros, volviendo a su trabajo y ri3ndose burlonamente. El segundo tipo son aquellos que oyen la m3sica, aguzan el o3do

para captar el significado del Mensaje y la vista para discernir el Misterio.

Los ciegos reciben vista, los sordos la audición, y los que estaban muertos se levantan y caminan, todavía envueltos en sus mortajas.

Después están los que no creerán hasta que se les hayan revelado las señales, quienes piden pruebas, diciendo: “Pero, queremos ver el terremoto. Si el Prometido ha venido de verdad, el sol no debería dar su luz, la luna debería oscurecerse y las estrellas deberían caer. Esperamos a nuestro Prometido hasta que estos signos se cumplan. Esperamos verle descender desde el cielo en nubes de gran gloria”.

Los que creen claman: “¡El Prometido ha venido!”.

Los que dudan gritan: “¿Qué prueba hay? ¡Mostradnos una prueba!”.

Los que entienden explican: “¿De dónde vino Cristo? Vino del Cielo, aunque quienes se burlaban de Él decían: ‘Conocemos a este hombre, viene de Nazaret’. Este es el significado real: Su espíritu vino del Cielo, mientras que Su cuerpo nació de una madre terrenal. Tal como fue entonces, así es en la Segunda Venida”.

“Pero nosotros esperamos las señales”, dicen los dudosos. “¿Cómo, si no, vamos a saber? La tierra debe estremecerse, las montañas separarse. El Prometido conquistará Oriente y Occidente”.

Uno se levanta y dice a la gente que esas señales no se produjeron externamente, ni tampoco lo harán ahora. Aquellos que miran con los ojos de Verdad verán que estos portentos son del Espíritu.

La Soberanía Eterna desciende del Cielo, el cuerpo es de la tierra. Las montañas son hombres de gran renombre, cuyos

nombres famosos se hundan en la insignificancia cuando la Alba de la Manifestación llena el mundo de Luz. La pompa de Anás y Caifás queda oscurecida por la gloria simple de Cristo. El terremoto es la ola de vida espiritual que se agita en todas las cosas vivientes y hace estremecer la Creación.

Las profecías de la Venida de Cristo eran místicas. Las profecías concernientes a la Segunda Venida son también místicas. Los terremotos de la intranquilidad, el oscurecimiento del sol, de la luna, la caída de las estrellas, todas estas cosas predicen la humillación de aquellos a quienes el mundo considera grandes. Los teólogos envueltos en ciegas tradiciones, los fanáticos y los hipócritas: esos caerán.

Estos dichos estarán repartidos entre diversas gentes, que entre ellas conversan, preguntan, contestan, exclaman asombrados, etc.

Ahora pasa una procesión. La Procesión del Mundo. Grandes nobles y reyes, altos sacerdotes y dignatarios de las Iglesias, enjoyados y ricamente vestidos. Miran con desprecio a los que creen, diciendo: “¿Por qué tenemos que dejar nuestras antiguas religiones?” Parecen diablos de maldad y opresión. Sin embargo, cada uno de ellos es un miserable. Uno se cae, los otros pasan por encima. Uno se está muriendo, los otros no le prestan atención. Otro está expirando. No se detienen en su camino.

Los pobres que han creído observan con tristeza.

La escena cambia. Un salón de banquetes. La mesa está servida con deliciosos manjares. La orquesta toca música celestial. Las luces se hacen gradualmente más brillantes hasta que toda la sala está resplandeciente. Alrededor de la mesa están sentados los mismos pobres con sus ropas

andrajosas. Un oráculo se levanta y dicen en voz alta: “¡El Reino de Dios es como una fiesta! ¡Recordad lo que dijo Cristo! ¡Aquí vemos el Reino! ¡Los más grandes y los sabios mundanos no están aquí, pero sí están aquí los pobres!”

Todos cantan de la alegría de su corazón, y hay un gran regocijo. Algunos bailan, uno toca la flauta, todos están radiantes y felices. Algunos se dirigen a la gente. Mientras este hombre está hablando, dicen: “¡Oidle! ¡Oíd su elocuencia! Le conocemos. Era pobre e ignorante y ahora es sabio”. Y así, se asombran y se preguntan mutuamente. Una mujer se levanta y habla, riendo y feliz.

La gente está sorprendida y dice: “Pero, ¿qué le ha ocurrido? Ayer esta mujer estaba triste y enfadada. Su corazón estaba lleno de pena y de desilusión. ¿Por qué está tan alegre?”

Un hombre entra con un saco de oro y empieza a ofrecerlo a la gente, pero estos lo rechazan. Uno dice: “Soy rico, no necesito tu oro”. “Ni yo”. “Yo tampoco”. El hombre con el oro está sorprendido, y dice: “Sabemos que sois pobres y pasáis hambre. ¿Por qué no aceptáis mi oro?”

Entonces viene un maestro y habla a un elevado nivel de filosofía y de ciencia. Todos los que les escuchan se asombran, pues había sido ignorante y un hombre al que no se le daba importancia. ¿Cómo es ahora tan sabio?

Otro viene, con ojos brillantes, contemplando con alegría los bellos alrededores. La gente se sorprende y dice: “¿Cómo es esto? Ayer era ciego”.

Otra oye una música hermosa y cuenta a la gente que unas horas atrás era sordo a cualquier sonido.

“¡Milagro! ¡Milagro! ¡Aquí hay uno que estaba muerto, y ahora está andando delante de nosotros!”

Uno se levanta y dice: “¿Sabéis la causa de estos milagros? ¡Es la comida celestial! La vida eterna es para quien participa de ella”.

Cuando la gente oye esto, grita al unísono: “¡Buenas nuevas! ¡Buenas nuevas!”

Todos están absolutamente felices. Cantan un Aleluya.

“¡Oh Dios! Nosotros éramos pobres, Tú nos has hecho ricos.

Estábamos hambrientos, Tú nos has satisfecho.

Sedientos estábamos y Tú nos has dado el Agua de Vida.

Nuestros ojos estaban ciegos, Tú nos has dado vista.

Estábamos muertos, Tú nos has dado Vida Eterna.

Éramos terrenales, Tú nos has hechos hijos del Cielo.

Estábamos marginados, Tú nos has hecho amados.

Éramos impotentes, Tú nos has hecho poderosos.

¡Alabado seas, oh Señor!”.

Después de esta canción descienden desde el Cielo gloriosas diademas que descansan en cada cabeza. Brillan con el resplandor de joyas celestiales. Todos se maravillan y hacen preguntas. Uno se levanta y dice: “¡Estas son las coronas del Reino! ¡Sois todos gobernantes celestiales! ¡Tendréis gloria imperecedera! ¡La iluminación del Espíritu es vuestra! ¡Dios os ha escogido para Su servicio!” Toman sus coronas y las besan, y vuelven a colocarlas en sus cabezas.

Luego empiezan a orar y suplicar:

“¡Oh Dios! ¡Oh Todopoderoso!

“Te damos gracias por estas pruebas de Tu bondad. Tú nos has dado Vida. Haznos fieles, para que el fuego de Tu amor pueda llenar nuestros corazones, para que Tu luz pueda iluminar nuestros rostros. Permite que seamos firmes en Cristo, quien dio Su vida por nosotros”.

Cae el telón.

En la última escena, uno de los que creen es cogido por los perseguidores. “Vamos a matarte”, dicen. “¡Estoy listo! ¡Soy feliz!”, responde él. Con las manos levantadas al Cielo, exclama: “¡Oh Dios! Haz que esté preparado”. Luego se rinde a la muerte. Otro es apresado y muere alabando a Dios y Su misericordia hacia la humanidad.

La tercera es una hermosa muchacha vestida de blanco. Todos la miran asombrados. Está sentada sola. Llega un mensajero del rey con una oferta de grandes riquezas si únicamente abandone la Causa que ha abrazado. Ella responde: “No he aceptado esta Causa ciegamente por tradición. He visto la Realidad con mis propios ojos. La Verdad está en mi corazón. ¿Cómo podría renunciar a mi fe tan ligeramente?”

Viene su padre y le pide que renuncie a su fe. Ella responde: “¿Puedes decir que no existe el sol cuando has visto la luz?” Yo he visto el Sol. Tú estás ciego. ¡Despierta! ¡El Sol está brillando! ¡Despierta!”

Otro mensajero viene. Esta vez, de un gran príncipe que desea desposarla con la condición de que renuncie a su fe.

“No conozco príncipe salvo a Dios. No cerraré mis ojos a la gloria del Rey de Reyes”.

Le traen joyas y una corona terrenal. “Tómalas”, le dicen.

“Para mí son un montón de guijarros. Las joyas que yo atesoro son las Joyas del Conocimiento de Dios. Esas piedras mundanas pueden romperse o perderse. ¡Fijaos en mi corona! ¡Éstas son Gemas Eternas! ¡Voy a renunciar a esta Diadema Eterna por esas piedras terrenales destinadas a perecer?”

Ellos dicen “Te encarcelaremos”.

“Estoy preparada”.

“Serás muerta”.

“¿Es cierto? ¿Lo decís de verdad? ¡Buenas nuevas! ¡Buenas nuevas! Pues entonces seré libre. Mi alma escapará como un pájaro en libertad de esta jaula terrenal de mi cuerpo. Entonces seré libre. Ahora estoy encadenada. Estas ataduras se romperán. ¡Matadme! ¡Matadme!”

La sacrifican. Uno tras otro son martirizados. Sus cuerpos son cubiertos con mortajas y, tras un gran silencio, la gente entra y levanta los lienzos con miedo y reverencia. Permanecen asombrados mientras aparecen unas luces que resplandecen hacia arriba desde las formas postradas. Algunos se preguntan el significado de ello. “Son los espíritus de los martirizados, libres de sus cuerpos. Ahora disfrutan de Libertad eterna. ¡Mirad, ascienden al Reino!”

Dándose cuenta de ello, la gente está maravillada, estupefacta. Claman: “¡Qué merced les ha otorgado Dios! ¡Están tan libres y alegres! ¡Ahora pueden elevar su vuelo hacia el Sol de la Realidad! ¡Sus almas regresan al Sol del que vinieron!”
